
Pérez Díaz, J. (1998), "La demografía y el envejecimiento de las poblaciones", incluido en A.S. Staab y L.C. Hodges, *Enfermería Gerontológica*. México D.F., McGraw Hill, pp. 451-463.

LA DEMOGRAFÍA Y EL ENVEJECIMIENTO DE LAS POBLACIONES

Julio Pérez Díaz

Centre d'Estudis Demogràfics

Universitat Autònoma de Barcelona

De los demógrafos suele esperarse una avalancha de datos, algunos comentarios técnicos y, cómo no, una visión objetiva y científica de las cosas. Aún a riesgo de defraudar al lector, me propongo hacer aquí algo diferente¹. En el espacio de este anexo, aunque reducido, cabe también aportar, desde la demografía, algunos conceptos fundamentales y una reflexión personal mínima sobre un tema, el envejecimiento poblacional, sumamente polémico y de muy complejas e incluso imprevisibles consecuencias. Me sentiré plenamente satisfecho si, de paso, consigo compartir con el lector, en primer lugar, algunas dudas sobre el modo en que este tema está siendo utilizado para justificar ciertas decisiones políticas y económicas y, en segundo lugar, las esperanzas y expectativas que se abren para quienes estudiamos o prestamos servicios a quienes ya han llegado a una etapa de la vida, la vejez, en la que muchas cosas ya no son como antes y a la que cada vez con más probabilidades hemos de llegar todos.

¹ Datos comentados pueden encontrarse en la mínima bibliografía reseñada al final, en la cual incluyo alguno de mis trabajos sobre el tema. Respecto a la visión objetiva y científica, espero mostrar a continuación que en ciencias sociales a menudo resulta preferible mantener un cierto grado de escepticismo sobre la posibilidad de tal cosa.

LA CIENTIFICIDAD DE LA DEMOGRAFÍA Y LA IDEOLOGÍA DE LAS ALARMAS

A estas alturas resulta banal decir que vivimos una época de rápidas transformaciones. La verdad es que ya hace tanto tiempo que esta afirmación es cierta que habrá que ir pensando en aceptar el constante cambio como parte de la norma vital. Ello no significa necesariamente que su análisis deje de tener interés, ni que pierda utilidad la comprensión de sus causas y consecuencias. Cuando se habla del estudio de las poblaciones resultan necesarias tales puntualizaciones porque, a menudo, parece que sólo los cambios demográficos alarmantes o espectaculares merecen suficiente atención. Es más, a veces podría parecer que todos y cada uno de los cambios demográficos son motivos de alarma y síntomas de futuros desastres. Las previsiones apocalípticas se precipitan cuando la población crece, cuando no crece, cuando la emigración se desata, cuando es la inmigración la que crece, cuando la natalidad disminuye... Y también, cómo no, está despertando alarmas el envejecimiento demográfico.

Buena parte de la explicación de esta constante “preocupación demográfica” se debe a la especial significación política de todo lo que afecta a la población de un país. No en vano, población y territorio son los dos grandes símbolos de identificación para el Estado moderno. Sin embargo, tras los simples números se expresan cambios sociales que rebasan con mucho lo que los alarmistas pretenden ver y que deben tenerse en cuenta para alcanzar una visión ponderada y cabal de los fenómenos demográficos.

QUÉ ES ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO

En realidad, la misma denominación de “envejecimiento” referida a un población es un error, hace tiempo introducido por algunos en la jerga de la demografía, que los demógrafos estamos pagando muy caro, en forma de incompreensión y de malentendidos generalizados. Las que envejecen son las personas, no las poblaciones, y en eso no hay cambios desde que el ser humano puebla este planeta. Se trata de un proceso biológico que, entre personas sanas, bien alimentadas, a salvo de muertes violentas y de enfermedades graves, se produce igual ahora que hace cien mil años.

Sí que es muy diverso, y sujeto a grandes cambios, el modo en que las distintas sociedades tratan a las personas en función de su edad, de manera que el envejecimiento biológico reviste consecuencias y significaciones sociales muy diferentes según el momento y el lugar. Sin embargo, tampoco se trata de este concepto de vejez cuando se habla de envejecimiento demográfico.

El envejecimiento demográfico consiste en un cambio en la estructura por edades o, en otras palabras, en el mayor o menor peso de unas edades respecto a otras en el conjunto de la población. Generalmente se traduce en un aumento del porcentaje de personas de edad avanzada, aunque resulta más correcto utilizar el aumento del promedio de edad como indicador. Traducido en términos gráficos,

significa que la pirámide de población va perdiendo anchura por su base mientras la gana por la cúspide.

Ahora bien, bajo esta aparente simplicidad, el concepto no deja de ser escurridizo. Para hablar del porcentaje de ancianos, previamente hay que definir cual es la edad a la que termina la vida adulta y empieza de la vejez, con lo cual se introduce un corte arbitrario en un proceso, el de envejecer, que es continuo en la vida de las personas reales (nadie se acuesta un día siendo adulto y se levanta al día siguiente siendo viejo). Y todo ello por no mencionar el pequeño detalle de que una misma edad no tiene los mismos efectos en todas las personas.

Si omitimos tales detalles, y aceptamos que el límite coincide con los 65 años, edad a la que las sociedades industriales han fijado normalmente el derecho a la jubilación, no por ello habremos soslayado todos los problemas para entender el mal llamado “envejecimiento demográfico”. También la comprensión de sus causas topa con el lastre de la desafortunada denominación. Intuitivamente, todos entendemos que envejecer implica cumplir años, cuantos más mejor. Por ello es fácil pensar también que el envejecimiento demográfico es resultado de que las personas vivan más años o, lo que es lo mismo, tarden más en morir. Pues bien, en efecto, el descenso de la mortalidad es una de sus causas posibles. Sin embargo, no lo es siempre, ni tampoco es la única.

Digo que no siempre el descenso de la mortalidad implica envejecimiento demográfico porque también puede rejuvenecer la estructura por edades y, de hecho, es lo que en realidad ha causado siempre en aquellas poblaciones en las que la mortalidad infantil era muy elevada. El descenso de las muertes entre los recién nacidos, sobre todo las que se producen durante las primeras horas de vida, eleva considerablemente la esperanza de vida del conjunto de la población, pero también tiene el efecto de aumentar la proporción de niños y jóvenes y, por tanto, de disminuir el peso de las edades avanzadas. Sólo en las poblaciones en que se han alcanzado ya niveles de mortalidad infantil muy bajos y en que el aumento de la esperanza de vida se produce por la disminución de la mortalidad en el resto de edades, la consecuencia, esta vez sí, es el envejecimiento demográfico.

Pero no es la evolución de la mortalidad el único factor que puede modificar el perfil de una pirámide de población. Los otros dos fenómenos demográficos por excelencia, los nacimientos y las migraciones, también pueden tener dicho efecto.

Las migraciones no suelen producirse por igual a todas las edades. Lo más frecuente es que se concentren entre las edades jóvenes, y ello porque, en su mayoría, tienen como motivo la búsqueda de trabajo. De esta manera, las poblaciones emisoras netas de emigración han visto reducida la pirámide por su base, mientras las receptoras de migración abundante rejuvenecían su estructura por edades. El efecto es multiplicativo porque, además, tales jóvenes se encuentran en las edades de máxima capacidad reproductiva, con lo que sus hijos contribuyen a engrosar el grupo infantil de la población receptora. Por el contrario, el éxodo de los jóvenes puede dejar literalmente sin niños a las poblaciones de salida, como ilustran multitud de zonas rurales despobladas por la emigración.

Con ello llegamos al otro factor clave, la natalidad, tanto o más importante que la mortalidad aunque sus efectos no parezcan tan inmediatos. Y lo son. De hecho, el descenso de la natalidad implica automáticamente una reducción por la base de las pirámides de población, erigiéndose en la causa principal y más relevante de la rapidez con que este fenómeno se produce actualmente en los países desarrollados. No es que falten hombres y mujeres en edad de tener hijos (por el contrario, gracias al descenso de la mortalidad, probablemente este sea el momento histórico en que llega una mayor proporción de integrantes de cada generación a la edad reproductiva). Lo que ocurre es que la fecundidad, es decir, el número medio de hijos por mujer, está alcanzando niveles tan bajos como jamás se habían observado.

Por tanto, el envejecimiento demográfico que caracteriza la dinámica poblacional de gran parte del planeta y, especialmente, la de los países más desarrollados, tiene una explicación perfectamente conocida desde el punto de vista de la demografía: la confluencia en el tiempo de un notable descenso de la mortalidad, un aún más notable descenso de la natalidad y la insuficiencia de la inmigración de jóvenes de otros países para compensar el efecto combinado de los dos factores anteriores. Otro asunto es pretender comprender porqué se está produciendo tal combinación de estos tres factores y, para ello, se hace necesario volver la mirada al pasado y contemplar su evolución histórica, especialmente en aquellos países en que el proceso se inició antes.

EL MARCO HISTÓRICO

No es la primera vez durante este siglo que la fecundidad disminuye por debajo del nivel de reemplazo, ni tampoco son nuevos los temores suscitados por dicho fenómeno. Ya durante los años treinta se vivió la culminación de un largo proceso de descenso de la fecundidad, y lo cierto es que en dicha ocasión los temores se debían, en gran parte al desconocimiento de las causas de un fenómeno de tal envergadura.

Durante los años treinta el mundo desarrollado estaba en crisis, crisis que algunos contemporáneos revestían de tintes apocalípticos. La primera guerra mundial, en gran parte motivada por la fragilidad del equilibrio entre las grandes potencias coloniales, se saldó con un descalabro generalizado y el inicio de la caída de los imperios europeos. La gran depresión iniciada con el crack bursátil de Nueva York en 1929 extendía sus efectos a todo el mundo, entre los cuales el paro resultaba especialmente sangrante. La agitación social era muy elevada, y los estados occidentales veían en la reciente revolución soviética un aviso de hasta donde podía llegar. También había quien consideraba peligrosos otros indicios de cambio, como el acelerado proceso de urbanización, las reivindicaciones feministas o, en general, la “relajación de las costumbres”.

En un contexto tal, no es de extrañar que el descenso de la fecundidad fuese visto por algunos como un síntoma privilegiado de la “decadencia de Occidente”. Tras décadas de descenso sostenido, se estaban alcanzando niveles que, de mantenerse, auguraban un futuro de declive demográfico del “mundo civilizado” frente a la

pujante vitalidad reproductiva de los “bárbaros inferiores”, especialmente los del continente asiático. En una situación tal, todos los esfuerzos eran pocos para comprender las causas del fenómeno e intentar paliarlo. De hecho, puede decirse que la demografía se consolida como disciplina en esta época.

Las explicaciones barajadas tenían en cuenta diversos fenómenos observados, aunque en la mayoría de los casos las interpretaciones apuntaban a una explicación general: la inmoralidad, sobre todo de las mujeres. Se sabía que estaba aumentando el uso de anticonceptivos, con todas las connotaciones derivadas del hecho, ya que hasta entonces sólo las prostitutas utilizaban ese tipo de barreras a la procreación. También se sabía que la fecundidad rural era mayor que la urbana, cosa que los pensadores más conservadores interpretaban como una prueba de que la vida tradicional era más sana, más productiva. El hecho de que la emigración hacia las ciudades estuviese acelerando el proceso de urbanización no hacía más que alimentar las alarmas y el pesimismo. En general, que algunas mujeres empezasen a tener estudios y a reclamar la igualdad entre sexos (es una época de intensas campañas feministas reclamando el derecho al voto) era interpretado por muchos como un síntoma más del creciente egoísmo femenino, indicativo a su vez de la decadencia occidental.

Curiosamente, en esta época en que los Estados promueven y financian la mejora de las estadísticas sobre la fecundidad y en que la demografía se consolida como disciplina a la sombra de flamantes centros de investigación y del desarrollo de sus herramientas teóricas y de análisis estadístico, lo que poco a poco va surgiendo como explicación de los cambios demográficos en curso no es la evolución de la fecundidad. Esta sólo adquiere sentido cuando se la analiza conjuntamente con la evolución de la mortalidad.

Lo que se empieza a ver, al comparar por primera vez datos de la mayoría de países desarrollados, es que sistemáticamente, el descenso observado de la fecundidad va precedido por décadas de intenso descenso de la mortalidad. Generalizando tales observaciones surge lo que hoy se conoce como la Teoría de la Transición Demográfica.

Según dicha teoría, se estaba produciendo una transición entre un régimen demográfico antiguo y otro moderno. El antiguo se caracteriza por una muy elevada mortalidad, salpicada de frecuentes crisis en forma de guerras, hambres y epidemias, ante la cual el mantenimiento de la población sólo es posible por medio de una natalidad tanto o más elevada. Dicho régimen demográfico se habría visto alterado profundamente por el desarrollo económico inducido por la revolución industrial. Las mejoras en la alimentación, el vestido, la vivienda o las condiciones higiénicas disminuyen drásticamente la mortalidad, iniciando un periodo transicional de rápido crecimiento, habida cuenta de las aún elevadas tasas de natalidad. La transición culminaría cuando, poco a poco, los individuos van adaptando su fecundidad a las nuevas condiciones, una vez les resulta evidente que ya no pierden buena parte de su descendencia antes de que llegue a ser adulta.

No hay crisis, sino triunfo. El descenso de la fecundidad, lejos de ser un síntoma de la decadencia de Occidente, se va a convertir en índice de su grado de desarrollo. En realidad, algunas décadas después, se hará evidente que es en los países pobres

donde no se produce el descenso y que ello supone problemas importantes para ellos.

Ahora bien, la fase transicional en que coinciden una natalidad aún elevada con una mortalidad en descenso, se caracteriza por una población muy joven. En cambio, la fase postransicional, cuando se vuelve a producir un equilibrio en torno a niveles bajos de ambas, no sólo significa el final del rápido crecimiento, sino también una estructura por edades envejecida.

Y aquí estamos, en un mundo en que el crecimiento vegetativo es escaso porque bastan pocos nacimientos para mantener la población, y los que nacen pueden esperar vivir más de ochenta años. El envejecimiento demográfico no es una sorpresa; hace más de medio siglo que podía preverse y que se conocen sus causas. Aún hay quien lo ve como un síntoma de decadencia, pero también hay quien aún no cree en la llegada del hombre a la Luna.

LA PERSISTENCIA DEL MIEDO

Que ya no pueda sostenerse seriamente que el descenso de la fecundidad y el envejecimiento demográfico son síntomas de la decadencia occidental no impide que sigan sonando las alarmas. Ahora se argumenta que sus consecuencias serán la sobrecarga del sistema sanitario, la insostenibilidad del Estado del bienestar, la escasez de mano de obra, la pérdida de creatividad o el creciente conservadurismo político. En cierto modo, son los argumentos de siempre, disfrazados con nuevas vestimentas. Todos ellos parecen encubrir un razonamiento bastante simplista, a saber: la vejez tiene en los individuos una serie de efectos indeseables, de manera que el envejecimiento demográfico tendrá los mismos efectos en el conjunto de la sociedad.

La falacia en este caso es doble. Por una parte, se aplica literalmente la analogía organicista entre el cuerpo humano y el "cuerpo" social, según la cual los individuos cumplen la misma función que las células de un organismo (desvirtuando así el innegable valor heurística de toda analogía). Por otra, se supone que las características de la vejez individual son conocidas y fijas, de manera que todo el mundo se comporta igual y tiene los mismos problemas cuando alcanza edades avanzadas. De las dos, la primera no debería preocuparnos demasiado, ya que resulta fácil de refutar. Una población no nace, vive y muere como lo hace un organismo individual y, de hecho, nada impide pensar en sociedades que vayan transformándose, reproduciéndose y progresando indefinidamente, hasta estadios que ni los mejores autores de ciencia ficción podrían imaginar.

En cambio, la imagen común que identifica cada etapa de la vida individual con unas características fijas parece bastante creíble. Al fin y al cabo, nadie puede negar las grandes diferencias existentes entre un niño de dos años y un anciano de ochenta.

Sin embargo, cuando se habla de falta de creatividad, de conservadurismo, de necesidad de soporte económico o de incapacidad para el trabajo productivo como si fuesen características asociadas a la vejez se está cayendo nuevamente en el error común de asimilar los rasgos sociales que definen la vejez en un lugar y momento histórico determinados a los efectos biológicos de la misma sobre el cuerpo humano.

Nos encontramos así con que extraer conclusiones sobre las consecuencias del envejecimiento demográfico resulta fácil. Basta con multiplicar. Si las consecuencias de la vejez sobre los individuos son siempre las mismas, las consecuencias de que cada vez los viejos sean una parte mayor de la población parecen obvias.

Sin embargo, actuar de este modo supone no haber aprendido nada. El envejecimiento demográfico es sólo una expresión más de un proceso de cambio social mucho más complejo, como espero haber mostrado al describir las condiciones históricas en que se produce. Dicho proceso hace que la significación social de la vejez no sea siempre la misma, de manera que resulta imposible conocer a priori las actitudes, capacidades, sentimientos y actividades de las personas basándose exclusivamente en la edad que tienen. Para comprender, por tanto, las consecuencias de un cambio de peso de un grupo de edad respecto al conjunto de la población se hace necesario conocer también la manera en que dicho cambio está afectando a sus protagonistas. La fase transicional, coincidente con una época de rápida juvenilización de la población, produjo sus efectos también en la manera de vivir de los ancianos, y en la construcción de un estereotipo que debería ser revisado a la luz de las nuevas condiciones creadas en las sociedades postransicionales.

EL ESTEREOTIPO ANTERIOR DE VEJEZ

Probablemente, una de las consecuencias iniciales del espectacular descenso de la mortalidad experimentado primero por las sociedades más ricas (y actualmente por prácticamente todas las demás) sea haber “domado” a la muerte respecto a su incidencia por edades. En las sociedades pretransicionales resultaba tan frecuente la defunción de niños y jóvenes que no podía confiarse en llegar a viejo. Todavía a principios de siglo, en España, las probabilidades de que un recién nacido llegara a cumplir diez años eran inferiores al cincuenta por ciento. En tales condiciones, los viejos eran vistos como supervivientes, como expresión de la fortaleza y la persistencia de la vida. Compárese con la situación actual, en que la mayoría de los nacimientos pueden esperar vivir más de 80 años y se comprenderá que la evolución demográfica ha tenido como efecto asociar la vejez a la muerte. Es cuando se es viejo cuando se muere.

Esta novedad ha teñido progresivamente la edad avanzada de unos tonos negros difíciles de ocultar y probablemente sea una de las explicaciones del rechazo generalizado a la denominación “viejo” referida a la propia persona.

Pero no es esta la única característica negativa de la imagen corrientemente asociada a la vejez. También se la asocia a la soledad, a la inmovilidad, a la pobreza,

al conservadurismo. No parece extraño predecir catástrofes si se prevé un importante crecimiento de las personas que encarnan tales características. Sin embargo, todas ellas tienen también sus causas y resultan ciertas sólo en un determinado momento del desarrollo histórico de las sociedades avanzadas.

La soledad es un buen ejemplo de ellas. La mayoría de las personas de elevada edad son mujeres. La causa es la sobremortalidad masculina, debida a su vez a la tradicionalmente mayor exposición de los hombres a ciertos riesgos, involuntarios unas veces (como las guerras o los accidentes laborales) y voluntarios otras (como el abuso del tabaco o del alcohol). Una de las consecuencias de la mayor esperanza de vida de las mujeres es que las casadas suelen acabar siendo viudas, probabilidad que se ve acrecentada porque, tradicionalmente, la edad media al matrimonio es diferente en ambos sexos, y las mujeres se vienen casando persistentemente con hombres mayores que ellas.

La pobreza también tiene sus causas objetivas. No en vano, a lo largo de la vida, la consecución de recursos económicos propios se produce durante la etapa laboral. Una vez se dejan de percibir ingresos por el trabajo, parece evidente que la situación económica no puede hacer más que empeorar. En los años en que el proceso de industrialización culminaba los jóvenes pudieron empezar a trabajar jóvenes y tuvieron ocasión de emanciparse y formar nuevos hogares mucho antes de lo que lo habían hecho sus progenitores. En cambio quienes ya tenían edades maduras llegaron tarde a la reconversión vital y laboral, y se encontraron en un mercado de trabajo para el que no servían y con un sistema de protección social y de pensiones muy poco desarrollado. La situación al final de su vida laboral resultaba poco envidiable, en contraste con la de los jóvenes, que entraban por primera vez en un mundo de consumo de masas y de poder adquisitivo creciente a ritmos nunca vistos. Si además estamos hablando de una mujer que ni siquiera va a poder disfrutar de una pensión contributiva, el cuadro aún se vuelve más negro.

En dicho perfil de la vejez, incluso el conservadurismo y la inmovilidad parecen tener causas objetivas. Independientemente de las discapacidades físicas que pueda provocar la edad, la movilidad territorial ha sufrido también grandes transformaciones históricas. Los jóvenes protagonizaron en su día intensas migraciones interiores e internacionales, mayoritariamente en busca de trabajo y mejores condiciones de vida. El resultado final fue, y aún sigue siendo, que la estructura por edades resultase envejecida en las zonas rurales, del interior, de montaña. Incluso en las grandes áreas urbanas (que es donde, por volumen, hay mayor cantidad de ancianos), las zonas y barrios más envejecidos son los núcleos históricos (los barrios de Ciutat Vella o Gràcia son un buen ejemplo en el caso de Barcelona, aunque lo mismo podría decirse del resto de grandes capitales españolas), mientras que los barrios nuevos, nutridos intensamente por la inmigración, tenían una edad media extraordinariamente joven. No es de extrañar que, en un contexto como el descrito, la juventud se asociase al carácter emprendedor, innovador, progresista.

En otras palabras, el proceso de modernización, del que la revolución industrial y la transición demográfica son expresiones, produce una reubicación social de las diferentes edades. Aparentemente, en dicho proceso la vejez resulta tan desposeída de sus anteriores atribuciones que se perfila como un grupo desvalido

y necesitado. En esta época se construye el estereotipo de vejez que aún manejan quienes se dedican a la protección y asistencia de los ancianos.

Dicho todo esto, el pasmo constante de quienes investigan la vejez es que las características que supuestamente le eran propias (las apuntadas arriba son sólo un ejemplo) están cambiando a gran velocidad. No se trata de un problema exclusivamente académico, ya que afecta también a las políticas sociales y de protección de la vejez que el Estado del bienestar ha ido desarrollando, precisamente para paliar los efectos negativos de la rápida transformación social y económica sobre quienes ya no tenían edad de adaptarse. Al amparo de tales políticas se produjeron en su día la mayoría de las investigaciones sociológicas sobre esa “preocupante” vejez de los países industrializados y se constituyó el corpus teórico de la geriatría y de la gerontología.

Aceptar ahora que todo lo que entonces se aprendió y teorizó debe ser revisado, porque la vejez no es una realidad estática y ha cambiado notablemente de perfil, resulta difícil. El tono asistencial, protector, ha continuado siendo la norma en las instancias oficiales y en las organizaciones humanitarias. Esta persistencia ha tenido el efecto positivo de constituir un auténtico colchón protector con el que se impide a las personas más necesitadas caer en un estado de absoluta miseria o verse desatendidas cuando los problemas de salud son realmente graves. Pero ha condenado a la vejez en su conjunto a una percepción conmisericordiosa y asistencial por parte del resto de la población.

Lógicamente, ante esta miopía autocomplaciente, han sido los sectores más conservadores y opuestos al Estado del Bienestar los primeros en evidenciar el hecho de que la concepción protectora de la vejez cada vez responde menos a la realidad. Se ha comprobado, ya desde mediados de los ochenta, que el bienestar relativo de los ancianos, tradicionalmente bajo, crecía rápidamente, mientras que el de los niños y jóvenes ha ido perdiendo posiciones. Añádase que, simultáneamente al crecimiento de su peso demográfico, la vejez gana también peso electoral en las democracias parlamentarias, con lo que las medidas políticas que puedan dañar sus intereses resultan muy peligrosas para los partidos que las promuevan. Todo ello ha llevado a que algunos vaticinen el posible conflicto, entre los diferentes grupos de edad, por el reparto de los recursos y los servicios públicos. El mundo, nos dicen, lleva camino de convertirse en propiedad de los viejos.

Pero tampoco estas tendencias ideológicas hacen honor a los cambios en el perfil social de la vejez. Atribuyen la mejora de su nivel de vida exclusivamente al aumento del gasto en pensiones y al papel protector del Estado, en un contexto de paro creciente que afecta sobre todo a la juventud y que dificulta la financiación de dicha función protectora. La gran batalla se libra ahora entre quienes pretenden mantener esta función y quienes sostienen que el Estado debe devolver a la familia su tradicional papel de cuidadora de los ancianos (la fórmula parece mágica por la sencillez con que todos los problemas quedarían resueltos: se aligerarían las enormes cargas presupuestarias resultantes de la protección a la vejez, a la vez que disminuiría la presión fiscal ejercida sobre los jóvenes; estos volverían a disponer de recursos necesarios para la constitución de nuevos hogares y familias, de modo que la natalidad podría aumentar e, incluso, invertirse el proceso de

envejecimiento demográfico). Los defensores de esta segunda opción pueden haber entrevisto que algo ha cambiado, pero no acaban de interpretarlo bien; no sólo siguen pensando en la vejez en los términos asistenciales de siempre, sino que tampoco parecen reconocer (o no quieren hacerlo) los importantes cambios que la transición demográfica y el desarrollo económico han producido en las dinámicas familiares.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LAS SOCIEDADES ACTUALES

El envejecimiento demográfico no es la principal causa, sino sólo una expresión más de un amplio proceso de transformación social por el cual la juventud ha dejado de tener el lugar absolutamente central de hace sólo algunas décadas.

El mercado de trabajo se ha visto enormemente afectado por la creciente implementación de nuevas tecnologías que aumentan notablemente la productividad sin acrecentar en la misma proporción el número de nuevos puestos de trabajo. Es este aumento de la productividad el que hace posible un mayor nivel de vida general con una población ocupada menor, pero también el que obliga a plantearse nuevas maneras de redistribuir la riqueza generada.

En tales condiciones, la vida laboral se acorta. A pesar de que el trabajo requiere cada vez menos de las características propias de la juventud, la reconversión brusca del aparato productivo, precipitada por la crisis industrial de finales de los setenta, ha hecho obsoletos los conocimientos de los trabajadores maduros y acelerado su pase a la jubilación. En efecto, la jubilación, antaño marca de paso a la vejez, ha dejado de tener ya dicho significado, mientras que la vida activa se reduce en sus últimos años.

También en las etapas iniciales hay un retraso en la incorporación a la actividad. Los jóvenes, además de verse limitados por elevadas tasas de paro, prolongan de manera nunca vista el periodo de formación, de manera que su tardía incorporación al mercado de trabajo contrasta notablemente con lo temprana que fue entre sus padres. A ello hay que añadir que ya no son sólo los hombres los que pujan por la colocación: las jóvenes se están sumando al mercado con una formación tanto o más alta que sus coetáneos del otro sexo. El crecimiento de la actividad femenina es sólo un indicador más de la profunda revolución en la distribución de roles según el sexo.

En un contexto tal, la familia sufre transformaciones considerables. El tamaño medio de los hogares no hace más que disminuir, como resultado de la baja fecundidad y de la mayor facilidad para deshacer relaciones que no han resultado satisfactorias. Se retrasan las uniones a la espera de que ambos puedan desarrollar un periodo de formación adecuado y consolidar la propia trayectoria laboral, lo que explica no sólo el descenso de la nupcialidad, sino también el retraso de la edad al matrimonio y de la edad al nacimiento del primer hijo. Las tareas domésticas, cuando la mujer pretende la igualdad laboral, se vuelven un lastre insoportable si no es compartido. Afortunadamente para todos, los ancianos cada vez tienen una mayor independencia domiciliar y económica. Esto último supone un cambio

considerable respecto a épocas no muy remotas, en que una gran cantidad de ancianos debían abandonar su propio hogar y pasar a depender de sus familiares a causa exclusivamente de las dificultades económicas.

La reducción del tamaño de los hogares aún sería mayor si no fuese por el retraso con que los jóvenes se están emancipando de sus padres. En las solidaridades intergeneracionales que operan en el seno de las familias, los jóvenes vuelven a ser receptores, mientras padres y abuelos se convierten en dispensadores de atenciones y recursos.

Ante cambios tan espectaculares respecto a lo que se considera propio de cada edad, hay quien busca explicaciones en “las novedades” sociales, económicas o tecnológicas que pueden afectar de manera diferente a unas y otras edades. Sin embargo, no todas las explicaciones se encontrarán de esta manera. Muy a menudo, son los efectos acumulados de lo que va ocurriendo a lo largo de la vida de cada persona lo que determina el modo en que vivirá las siguientes etapas. A título de ejemplo, piénsese en el nivel de instrucción de los trabajadores de treinta años; es obvio que no se construye en el momento sino que resulta de las condiciones vividas por los individuos en etapas anteriores de su vida. Al enfoque en el que las diferentes edades de una población son abordadas como parte del transcurso vital de una misma generación se le llama análisis longitudinal. En él está la clave para comprender muchos de los cambios en las características de la vejez actual.

LA RELEVANCIA DEL ANÁLISIS LONGITUDINAL

Una de las mayores aportaciones de la demografía a la consecución de una visión cabal de los cambios en curso es la posibilidad de estudiar las características de las diversas edades desde una perspectiva generacional. En vez de ocuparse de investigar la población de un determinado momento, su distribución por edades, los nacimientos que genera en un año o las defunciones que se producen en el mismo periodo, el análisis generacional asume como objeto de estudio la población nacida en un mismo año y la va siguiendo a lo largo de toda su vida, analizando cómo va desapareciendo a medida que alcanza diferentes edades, cómo llega a edad de casarse, de tener hijos, de trabajar, de jubilarse...

La posibilidad de este tipo de análisis está supeditada a la disponibilidad de series muy largas de datos, que permitan reproducir trayectorias generacionales completas, es decir, de prácticamente un siglo. Cuando ello no es posible, no queda más remedio que comparar las diferentes edades de un mismo momento, con lo que se pierde la posibilidad de reproducir un ciclo vital real. No obstante, las estadísticas acumuladas empiezan hoy a permitir también la reconstrucción de generaciones, en lo que probablemente sea uno de los ejercicios sociológicos más estimulantes, porque la suposición de que todas las generaciones hacen las mismas cosas al alcanzar la misma edad se revela totalmente falsa. Y aquí es donde se hace evidente que el envejecimiento demográfico forma parte de una transformación social amplia y de gran complejidad.

Las generaciones nacidas antes de la consolidación del proceso industrializador han iniciado sus ciclos vitales en un mundo mayoritariamente agrario y rural en el que el modelo de los mayores podía interpretarse como una muestra de lo que de la vida podía esperarse. La industrialización llega como un factor totalmente perturbador de tales expectativas. La capitalización de las actividades agrarias produce una expulsión masiva de mano de obra mientras el auge de las actividades industriales complementa lo que se va a convertir en una auténtica riada de movimientos migratorios hacia las zonas urbanas. El trabajo industrial permite a los jóvenes convertirse en parejas y tener hijos mucho antes, sin tener que depender de los padres.

Quienes llegan a viejos tras haber vivido tales rupturas cuando ya tenían edad madura lo hacen en unas condiciones bastantes desfavorables. No estaban preparados ni siquiera para el hecho de vivir tantos años, y su vejez se inicia en un mundo que les resulta hostil y desconocido y en el que no les sirve la experiencia de sus padres. Sus propios hijos no les necesitan, el patrimonio acumulado es escaso cuando no inexistente. El mundo, además, se ha vuelto propiedad de los jóvenes.

Es en torno a este perfil generacional que se construye la imagen social de la vejez que hemos heredado. Se trata de una imagen asistencial, en la que destacan los traumas asociados a la jubilación, la pérdida de roles dentro de la familia y en la sociedad en conjunto o la pérdida de poder adquisitivo.

Las generaciones que actualmente empiezan a llegar a la edad de jubilación tienen unas trayectorias vitales radicalmente diferentes, y muchas de las características que las definen se han mantenido a lo largo de toda su vida, y persistirán durante la vejez. Un ojo poco observador pensará que la vejez está cambiando, cuando lo cierto es que quienes cambian son los miembros que se le van sumando año a año. Quienes ya han alcanzado los 65 años nacieron antes de 1932. Los que lo hagan durante la próxima década prácticamente ya no recordarán la guerra civil, habrán estado escolarizados en su mayor parte, habrán vivido la adolescencia entre la segunda mitad de los cuarenta y la primera de los cincuenta. Tales personas tienen la nupcialidad más temprana que se ha producido en España y, si son mujeres, han criado un número alto de hijos. Si son hombres, empezaron a trabajar muy jóvenes y su vida laboral se consolidó durante los sesenta y setenta, época de abundante demanda de mano de obra y condiciones de trabajo bastante estables, pero también de larguísimas jornadas laborales y pluriempleo. Han conseguido acumular patrimonio, incluso una segunda vivienda, y algunos ahorros. Han dado estudios a sus hijos, alguno de los cuales aún mantienen y alojan porque los jóvenes actuales tardan en emanciparse.

No es de esperar que, al llegar a los sesenta y cinco, estas personas encarnen el estereotipo de vejez construido por las instancias asistenciales. Tampoco es de extrañar que en la comparación su situación económica resulte mejor que la de los jóvenes. No nos engañemos, no son las pensiones de jubilación las que marcan la diferencia, sino los resultados del trabajo de toda una vida que los jóvenes, por definición, aún no pueden haber realizado.

En el futuro, la vejez será menos solitaria, porque la mejora de la esperanza de vida retrasará el momento de la viudedad y hará más frecuente la coexistencia de tres o más generaciones presentes. El apoyo entre generaciones no se limitará a la ayuda a los ancianos, sino que estos serán dispensadores de ayuda a las generaciones más jóvenes. De hecho ya lo son; basta con pasear ante una guardería a la hora de la salida, o observar la edad de las personas que cuidan a quienes realmente tienen una edad muy avanzada para comprobar que muchas personas de más de sesenta y cinco años están facilitándole la vida a los demás.

La vejez está dejando de ser rural, sin instrucción, inmóvil, porque las generaciones que llegan a ella empiezan a ser las, por primera vez, mayoritariamente urbanas, alfabetizadas y migratorias. Empiezan a tener movilidad espacial, de modo que ya no se concentran en los cascos antiguos como los viejos de antes. De hecho en los países desarrollados cada vez es más frecuente que la residencia sea diferente según cada etapa del ciclo vital, de manera que también la emancipación de último hijo y la jubilación son motivo para el traslado a un domicilio menos espacioso, más cómodo.

Como debería resultar evidente ya, vamos a presenciar cambios importantes en los papeles de cada grupo de edad. Conviene, por tanto, plantearse lo que el futuro nos depara sin mantener esa actitud desconfiada o alarmista que el envejecimiento demográfico parece suscitar.

LAS PROYECCIONES DE POBLACIÓN

Una de las especialidades de la demografía con más mercado es la adivinación del futuro. Se trata, claro está, de una vana ilusión; el futuro es, casi por definición, parte integral del reino de lo desconocido. Pese a ello, hay algunas cosas que sí pueden saberse y, de hecho, la capacidad de predecir lo que ocurrirá en un sistema controlado, en el que se dan una serie de condiciones conocidas en el presente, es una de las características del conocimiento científico.

Lo que puede conocerse mediante las proyecciones de población es la cantidad de personas que habría en el futuro en cada edad si la mortalidad, la fecundidad y las migraciones evolucionasen de cierta manera. Por supuesto, lo único que se hace de esta manera es trasladar la incertidumbre a estas variables, para las que, inevitablemente, debemos construir diversas hipótesis.

Pues bien, las migraciones se han considerado, tradicionalmente, como totalmente impredecibles, de manera que la mayoría de las proyecciones suponen una población “cerrada”, es decir, de la que no entre ni sale nadie. Sin embargo, y dadas las cada vez mayores restricciones legales y administrativas, lo cierto es que puede suponerse cada vez con mayor razón que no constituirán un factor demográfico relevante en el futuro, habida cuenta de las trabas crecientes que los Estados contemporáneos imponen.

La fecundidad, parece llevar camino de estabilizarse en niveles bajos, al menos en un futuro no muy lejano. Está ocurriendo así incluso en Asia, tan prolífica hasta

hace muy poco. Ya se han comentado suficientemente algunas de las causas de este fenómeno.

Es en la mortalidad donde están ocurriendo cosas, precisamente cuando se suponía que ya no debía variar demasiado. Se asumía que, después de los grandes avances del siglo pasado y de la primera mitad de este, la mortalidad no podía mejorar mucho más, de manera que en las proyecciones la mortalidad por edades podía ser prevista con bastante precisión.

Sin embargo, aquí es donde se abre el mayor interrogante sobre el futuro. Hasta ahora, el aumento de la esperanza de vida se ha conseguido evitando las “defunciones prematuras”, de manera que se hiciese cada vez menos frecuente el fallecimiento anterior a la consecución de una edad avanzada. Sin embargo, se suponía que la “longevidad”, es decir, el número máximo de años que podía vivir un ser humano, era siempre la misma, de modo que la esperanza de vida no alcanzaría nunca el límite resultante de que no hubiese ninguna muerte a edades anteriores.

Sin embargo, cada vez es más extendida la idea de que la longevidad no está prefijada fatalmente. Si la biología consideraba hace algunas décadas que el envejecimiento del organismo era resultado de una especie de “desgaste” debido al prolongado funcionamiento, las tendencias posteriores al surgimiento de la biología molecular empiezan a ver la vejez como una serie de transformaciones autoinducidas por los propios genes, y a considerar sus síntomas como enfermedades, en vez de ver en ellos una fatalidad ineludible. Este cambio de óptica, junto a la capacidad actual de la biología de actuar directamente sobre el código genético, abren ante nosotros unas perspectivas absolutamente fantásticas.

Pero no hace falta soñar en el futuro de la biología molecular para esperar aún mejoras sustanciales de la mortalidad en edades avanzadas. En cierto modo, el propio envejecimiento demográfico ha operado un cambio espectacular en la orientación de los sistemas sanitarios de los países avanzados. Tras los inicios de la industrialización y durante la época del “desarrollo” la sanidad se instituyó en torno a los cuidados maternofiliales, hasta el punto de convertir el descenso de la mortalidad infantil en un signo desarrollo y en motivo de prestigio internacional. Actualmente, cuando la mortalidad infantil ha alcanzado ya cotas casi mínimas, el peso de los sistemas de salud se está desplazando hacia el otro extremo de las edades. El propio aumento numérico de quienes alcanzan tales edades ha revelado la existencia de enfermedades características, especialmente las degenerativas, desconocidas hace sólo algunos años y de las que apenas se disponían casos que estudiar. Si tenemos en cuenta que los recursos y los conocimientos actuales son abrumadoramente superiores a los de hace medio siglo, es posible esperar avances sustanciales en la salud a tales edades.

CONCLUSIÓN

El envejecimiento demográfico, aunque reversible en teoría (a diferencia del auténtico envejecimiento, el de las personas) va a seguir acentuándose aún durante

bastantes años. Sin embargo, se equivocan quienes ven tras él una desgracia y lo utilizan para pronosticar desastres y fomentar medidas drásticas de reajuste. Ciertamente, el Estado debe revisar sus maneras de atender a la población de las diferentes edades, pero ello no debe hacerse necesariamente en medio del clima de pánico que algunos pretenden crear.

Lo que debería centrar nuestra atención son las personas y es seguro que quienes se dedican profesionalmente a atender a ancianos van a tener un campo creciente en el que ejercitar su profesión. Eso sí, a diferencia de lo que ocurría hace pocos años, dicha profesión cada vez será mejor valorada, igual que lo serán los propios ancianos. Quienes se dedican a la atención geriátrica inevitablemente forman su visión sobre la vejez a partir de su experiencia laboral cotidiana, que puede ser bastante desalentadora. No está de más recordar que la muestra de la población anciana con la que tratan no es representativa de la vejez en su conjunto y que esta aún cambiará más a medida que vayan cumpliendo años las generaciones actualmente jóvenes. También nosotros vamos a ser viejos, casi con toda probabilidad, y espero haber mostrado que, cuando eso ocurra, encontraremos que el camino ha sido allanado sustancialmente gracias a nuestros predecesores.

BIBLIOGRAFIA

Abellán García, Antonio y otros (1996), *Envejecer en España. Manual estadístico sobre el envejecimiento de la población*, Madrid, Fundación Caja de Madrid

Bazo, María Teresa (1990), *La sociedad anciana*, Madrid, Siglo XXI & C.I.S., Colección "Monografías", nº 113

Bazo, María Teresa (1991), "La familia como elemento fundamental en la salud y bienestar de las personas ancianas", publicado en *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, (1): 47-52

Blanes, Amand ; Gil, Fernando y Pérez, Julio (1996), *Población y actividad en España: evolución y perspectivas*, Barcelona, Servicio de Estudios de "la Caixa". Colección Estudios e Informes, nº 5

Castells, Manuel y Pérez Ortiz, Lourdes (1992), *Análisis de las políticas de vejez en España en el contexto europeo*, Madrid, Inerser

Guillemard, Anne-Marie (1993), *Envejecimiento, edad y empleo en Europa. Situación actual y perspectivas*, Madrid, Instituto de Estudios y Prospectiva. Ministerio de Economía y Hacienda.

Justel, Manuel (1983), *Los viejos y la política*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas

Pérez Díaz, Julio (1996), *La situación social de la vejez en España desde una perspectiva demográfica*, Madrid, Fundación Caja de Madrid. Informe técnico nº 3

Pérez Díaz, Julio (1995), "Envejecimiento demográfico en España", incluido en SECOT, *Las actividades económicas de las personas mayores*. Madrid, Central Hispano, pp. 33-60

Requena, Miguel (1993), "Formas de familia en la España contemporánea", incluido en L. Garrido Medina y E. Gil Calvo, *Estrategias familiares*. Madrid, Alianza Editorial., pp. 249-270

Rodríguez Ibáñez, José Enrique (1979), "Perspectiva sociológica de la vejez", publicado en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, CIS, Madrid (7): 77-97

Vera Sánchez, P. , -Ed-. (1993), *Sociedad y población anciana*, Murcia, Universidad de Murcia